

Fernando Pessoa

Fernando Antonio Nogueira Pessoa nació en Lisboa en 1888; huérfano de padre muy pronto, su madre volvió a casarse y lo llevó, junto a su padrastro, a Sudáfrica, donde recibió una esmerada educación en lengua inglesa. En 1905 regresó a Lisboa, de donde prácticamente no volvió a salir, dedicándose a redactar cartas comerciales en inglés y francés, lo que le permitió llevar una existencia sin sobresaltos durante toda su vida.

Muy relacionado con la vida literaria de su tiempo, participó junto a otros poetas y artistas contemporáneos en las vanguardias literarias, editando numerosas y efímeras revistas poéticas con el pintor Antonio Almada Negreira y Mario de Sá Carneiro. De estas revistas hay que destacar especialmente *Orpheu*, que sólo editó dos números en 1915, *Portugal futurista* –un número en 1917– y *Atena* –cinco números en 1924–. Muy influido por Marinetti, este autor italiano marcó de forma decisiva una parte de su producción.

Pessoa sólo editó en vida algunas poesías en inglés y portugués, casi siempre en algunas de sus revistas. Pero cuando falleció en 1935 dejó un enorme baúl lleno de textos que se fueron publicando tras su muerte, y sólo en 1978 se completó la edición de sus Obras completas en quince volúmenes.

Dado su perfecto conocimiento del inglés, escribió en esta lengua algunos libros, como *Sonnets (Sonetos)*, 1913) y *Antinous (Antinoo)*, 1918), la parte más numerosa e importante de su obra está, lógicamente, en portugués.

Los heterónimos

Pero lo más original de Pessoa es que su obra no es “totalmente” suya, puesto que la reparte entre los poemas “ortónimos” –publicados y firmados con su nombre verdadero– y los textos “heterónimos”, atribuidos a diversos “autores” inexistentes pero –y esto es lo más llamativo– de distintas fisonomías, personalidades, estilos y técnicas literarias.

Pessoa –sin olvidar la obra publicada con su nombre verdadero– llegó a usar hasta veinte heterónimos, aunque los más importantes son fundamentalmente tres: Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Alvaro de Campos, los tres creados en 1914 aunque dotados de biografías independientes. Incluso llegó a escribir las discusiones que mantenían entre ellos sobre cuestiones literarias y hasta políticas, y hasta tuvo un heterónimo para algunos de sus poemas en lengua inglesa: Alexander Search.

- **Alberto Caeiro** nació en Lisboa en 1889 y murió en 1915. No tuvo profesión ni apenas educación, y su poesía se rebela contra los últimos resquicios del pos-simbolismo y es profundamente antirreligiosa y antimetafísica: “Hay suficiente metafísica en no pensar en nada”, dice uno de sus versos. Pessoa considera a Caeiro el maestro de Reis, Campos y de él mismo. Sus obras principales son *El guardador de rebaños* y *Poemas inconjuntos*.
- **Ricardo Reis** nació en Oporto en 1887, estudió con los jesuitas, se hizo médico y en 1919 se exilió voluntariamente a Brasil en desacuerdo con la situación política portuguesa. Monárquico en política, es el más conservador de los cuatro, y su poesía tiene evidentes huellas de la poesía clásica, concretamente de Horacio. Su título más importante es *Odas*.
- **Alvaro de Campos** nació en Tavira en 1890, estudió Ingeniería Naval en Glasgow y se trasladó a Lisboa, donde se dedicó en exclusiva a la Literatura. Es el más moderno de los heterónimos pessoanos, y su poesía manifiesta influencias de los vanguardistas europeos, en especial del italiano Marinetti, líder del movimiento futurista. Su obra se publicó bajo el título de *Poesías*.
- **Fernando Pessoa**, en fin, no se dejó influenciar en su obra por ninguno de los tres, y es el más personal de los autores, como es natural. Sus obras poéticas principales son *Cancionero*, *Primer Fausto* y *Mensaje*; escribió además una colección de relatos titulada *El banquero anarquista* y una obra de teatro –*El marinero*–; sin que quede claro si el autor es el propio Pessoa o un nuevo heterónimo llamado **Bernardo Soares**, hay que citar finalmente el *Libro del desasosiego*, colección de ensayos sobre temas literarios y estéticos.

El 8 de marzo de 1914, cuando Pessoa sólo tenía veinticinco años, se encerró en una habitación y, en menos de veinticuatro horas, escribió unos 1.300 versos, alrededor de un verso por minuto. En esa intensa jornada creadora compuso en su integridad el libro *El guardador de rebaños* de Alberto Caeiro, seis poemas de *Lluvia oblicua* de Pessoa, las seis primeras *Odas* de Ricardo Reis... y una de sus obras más conocidas: la “Oda triunfal” de Alvaro de Campos.

Ricardo Reis

Las rosas amo del jardín de Adonis,
Esas volubles amo, Lidia, rosas.
Mueren el mismo día
Que nacen: luz eterna
Es su día, pues nacen cuando nace
El sol, brillan con él, en él se queman,
Y antes que el carro alado
Apolo deje, mueren.
Hagamos, Lidia, nuestra vida un día.
Olvidemos adrede que la noche
Antes está, y después,
Del poco que duramos.

Odas, 1

Ven a sentarte conmigo, Lidia, a la orilla del río.
Con sosiego miremos su curso y aprendamos
que la vida pasa, y no estamos cogidos de la mano.
(Enlacemos las manos.)
Pensemos después, niños adultos, que la vida
para y no se queda, nada deja y nunca regresa,
va hacia un mar lejano, hacia el pie del Hado,
más lejos que los dioses.
Desenlacemos las manos, que no vale la pena cansarnos.
Ya gocemos, ya no gocemos, pasamos como el río.
Más vale que sepamos pasar silenciosamente
y sin grandes desasosiegos.
Sin amores, sin odios, ni pasiones que levanten la voz,
ni envidias que hagan a los ojos moverse demasiado,
ni cuidados, porque si los tuviese el río también correría,
y siempre acabaría en el mar.
Amémonos tranquilamente, pensando que podríamos,
si quisiésemos, cambiar besos y abrazos y caricias,
mas que más vale estar sentados el uno junto al otro
oyendo correr al río y viéndolo.
Cojamos flores, cógelas tú y déjalas
en tu regazo, y que su perfume suavice el momento—
este momento en que sosegadamente no creemos en nada,
paganos inocentes de la decadencia.
Por lo menos, si yo fuera sombra antes, te acordarás de mí
sin que mi recuerdo te quemé o te hiera o te mueva,
porque nunca enlazamos las manos, ni nos besamos
ni fuimos más que niños.

Y si antes que yo llevases el óbolo al barquero sombrío,
nada habré de sufrir cuando de ti me acuerde,
a mi memoria has de ser suave recordándote así —a la orilla del río,
pagana triste y con flores en el regazo.

Odas, 4. Traducción de Angel Crespo.

Alberto Caeiro

Bastante metafísica hay en no pensar en nada.

¿Lo que pienso del mundo?

¿Sé yo lo que pienso del mundo?

Si me enfermase, pensaría.

¿Qué idea tengo sobre las cosas?

¿Qué opinión sobre las causas y los efectos?

¿He meditado sobre Dios y el alma

Y sobre la creación del mundo?

No sé. Para mí pensar en esto es cerrar los ojos

Y no pensar. Y correr las cortinas

De mi ventana (que no tiene cortinas).

¿El misterio de las cosas? ¿Sé lo que es misterio?

El único misterio es que alguien piense en el misterio.

Aquel que está al sol y cierra los ojos

Comienza a no saber lo que es el sol

Y piensa cosas llenas de calor.

Si abre los ojos y ve al sol

No puede ya pensar en nada

Porque la luz del sol vale más que los pensamientos

De todos los filósofos y todos los poetas.

La luz del sol no sabe lo que hace

Y por eso no yerra y es común y buena.

¿Metafísica? ¿Qué metafísica tienen esos árboles?

La de ser verdes y copudos e echar ramas

Y dar frutos a su hora –nada nos haga pensar,

A nosotros, que no podemos dar por ellos.

¿Qué metafísica mejor que la suya,

No saber para qué viven

No saber lo que no saben?

“Constitución íntima de las cosas...”

“Sentido íntimo de las cosas...”

Todo esto es falso, todo esto no quiere decir nada.

Es increíble que pueda pensarse así.

Es como pensar en razones y fines

Mientras reluce al comenzar la mañana

Y al flanco de los árboles la sombra

Va perdiéndose en un oro vago y lustroso.

Pensar en el sentido íntimo de las cosas

Es aumentarlo, como cavilar sobre la salud

O llevar un vaso de agua a la fuente.

El único sentido íntimo de las cosas

Es que no tienen sentido íntimo alguno.

No creo en Dios porque nunca lo he visto.

Si él quisiera que yo creyese en él

Sin duda que vendría a hablar conmigo,

Empujaría la puerta y entraría

Diciéndome: ¡Aquí estoy!

(Tal vez esto suene ridículo

Para aquel que, por no saber lo que es mirar las cosas,

No comprende al que habla de ellas

Con el modo de hablar que enseña el verlas de verdad.)

Si Dios es las flores y los árboles,

Los montes, el sol y el claro de luna,
Entonces creo en él.
Creo en él a todas las horas,
Toda mi vida es oración y misa,
Una comunión con los ojos y los oídos.

Pero si Dios es los árboles y las flores,
Los montes, la luna, el sol,
¿Para qué lo llamo Dios?
Lo llamo flores, árboles, montes, luna, sol.

Si él ha hecho, para que yo lo vea,
Sol y luna y flores y árboles y montes,
Si él se me presenta como árbol y monte
Y claro de luna y sol y flor,
Es porque quiere que yo lo conozca
Como árbol, monte, luna, sol, flor.
Y yo lo obedezco.
(¿Sé yo más de Dios que Dios de sí mismo?),
Lo obedezco viviendo espontáneamente,
Como uno que abre los ojos y ve,
Y lo llamo luna y sol y flores y árboles y montes
Y lo amo sin pensar en él
Y lo pienso con los ojos y los oídos
Y ando con él a todas horas.

antoniovarojimdo.com

Álvaro de Campos

Oda triunfal

A la dolorosa luz de las grandes lámparas eléctricas de la fábrica
Tengo fiebre y escribo.
Escribo rechinando los dientes, rabioso ante esta belleza,
Esta belleza totalmente desconocida para los antiguos.
¡Oh ruedas, engranajes, eterno r-r-r-r-r-!
¡Fuerte espasmo retenido de los mecanismos en furia!
En furia dentro y fuera de mí,
En todos mis nervios distendidos

Y en todas las papilas abiertas hacia afuera y hacia todo.
Tengo los labios secos de tanto oír tan cerca
Los grandes ruidos modernos
Y mi cabeza arde por cantarlos con una demasía de expresión
De todas mis sensaciones excesivas,
Con un exceso contemporáneo de vosotras, oh máquinas.

Febril y mirando los motores como una naturaleza tropical,
Grandes trópicos humanos de hierro y fuego y fuerza,
Canto, canto al presente y también al pasado y al futuro,
Porque el presente es todo el pasado y todo el futuro,
Y hay Platones y Virgilio en las máquinas y las luces eléctricas
Porque los hubo antes y Virgilio y Platón fueron hombres
Y pedazos del Alejandro Magno tal vez del siglo L,
Átomos que tal vez darán fiebre al Esquilo del siglo C,
Corren por estas correas de transmisión y por estos émbolos y volantes,
Rugiendo, rechinando, repicando, taladrando, retumbando,
Con un exceso de caricias al cuerpo que son una sola caricia para el espíritu.
¡Ah, poder expresarme totalmente como se expresa un motor!
Ser completo como una máquina.
poder circular triunfalmente por la vida como un auto último modelo.
Poder al menos impregnarme físicamente de todo esto,
Rasgarme enteramente, abrirme completamente, permeable
A todos los perfumes de los aceites y a los carbones
De esta flora estupenda, negra, artificial, insaciable.
Fraternidad con todas las dinámicas.
Furia promiscua de ser parte-agente
Del rodar férreo y cosmopolita
De los trenes que avanzan intrépidos,
De los barcos de carga y sus faenas de transporte,
Del girar lento y lúbrico de las grúas,
Del disciplinado tumulto de las fábricas
Y del casi silencio susurrante y monótono de las correas de transmisión.

Horas europeas, productoras, comprimidas
Entre máquinas y afanes utilitarios,
Grandes ciudades varadas en los cafés,
Nuestros cafés, oasis de inutilidades ruidosas
Donde cristalizan y se precipitan
Los rumores y los restos de lo Útil
Y las ruedas y las ruedas dentadas y los cojinetes del progreso.
Nuestra Minerva desalmada de los muelles y las estaciones.
Nuevos entusiasmos del tamaño del Momento.
Quillas de chapas de hierro sonriente acostadas en los embarcaderos
O en seco, erguidas en los planos inclinados de los puertos.
Actividad internacional, trasatlántica, Canadian-Pacific.
Luces y febril pérdida del tiempo en bares y hoteles,
En los Longchamp y Derby y Ascot
Y Piccadilly y Avenida de la Opera que entran
Por mi alma hacia dentro.

¡E–yá, las calles, e–yá, las plazas, e–yá, e–yá, la foule!

Todo el que pasa y todo el que se para frente a los escaparates,
Comerciantes, vagos, escrocs exageradamente bien vestidos,
Miembros notorios de los clubes aristocráticos,
Escuálidas figuras dudosas, jefes de familia vagamente felices
Y paternales hasta en la cadena de oro que les cruza
El chaleco de bolsillo a bolsillo.
¡Todo lo que pasa, todo lo que pasa y nunca pasa!
Presencia demasiado acentuada de las cocottes,
Banalidad interesante (¿y quién sabe lo que sucede dentro?)
De las burguesitas, madre e hija generalmente,
Recorriendo las calles sin propósito fijo,
La gracia femenina y falsa de los pederastas que pasan con lentitud,
¡Y toda la gente simplemente elegante que pasea y se exhibe,
Dueñas, después de todo, de un alma!

(¡Ah, cómo desearía ser el souteneur de todo esto!)

La maravillosa belleza de las corrupciones políticas,
Deliciosos escándalos financieros y diplomáticos,
Agresiones políticas en las calles,
Y de vez en cuando el cometa de un regicidio
Iluminando de prodigio y fanfarria los cielos
Rutinarios y brillantes de la civilización cotidiana.

Noticias desmentidas de los periódicos,
Artículos políticos insinceramente sinceros,
Noticias passez–à–la–caisse, grandes crímenes
(A dos columnas y pase a la segunda página),
Olor fresco de la tinta de imprenta,
Carteles pegados hace poco húmedos todavía,
Vient–de–paraître amarillos con una faja blanca,
Cómo amo a todos, a todos,
Cómo os amo a todos de todas las maneras,
Con los ojos y los oídos y con el olfato
Y con el tacto (¡lo que para mí significa palparos!)
Y con la inteligencia que es como una antena que vibra.
Mis sentidos en celo por vosotros.

Abonos, trilladoras de vapor, progresos de la agricultura
Química agrícola ¡y el comercio casi una ciencia!
Los muestrarios de los agentes viajeros,
Los agentes viajeros, caballeros andantes de la Industria,
Prolongaciones humanas de las fábricas y las calladas oficinas.

Novedades en las vitrinas, manequés, últimos figurines,
Artículos inútiles que toda la gente sueña comprar,
¡Hola!, grandes almacenes con múltiples departamentos,
Anuncios eléctricos que brillan, parpadean y desaparecen,
¡Todo lo que hoy se fabrica y por lo que hoy es diferente de ayer!

¡E–yá, cemento armado, betón, procedimientos novísimos!
Avance en los armamentos gloriosamente mortíferos,

Acorazados, submarinos, cañones, ametralladoras, aeroplanos,
Os amo a todos, a todos, como una fiera,
Os amo carnívoramente,
Perversamente –y me veo ante mí mismo enroscado
En vosotras, oh cosas grandes, banales, útiles, inútiles,
Cosas totalmente modernas,
Mis contemporáneas, forma actual y próxima

Del sistema inmediato del universo,
Nueva revelación metálica y dinámica de Dios.

Fábricas, laboratorios, music-halls, Luna Park,
Puentes, docks flotantes, acorazados,
En mi mente turbulenta e incandescente
Os poseo como a una mujer hermosa,
Completamente os poseo como a una mujer hermosa y no amada,
A la que encontramos por casualidad y juzgamos interesantísima.

¡E-yá-o-e-yá, fachadas de las grandes lonjas,
Ascensores de los grandes edificios,
E-yá-o-yá, cambios de gabinete,
Parlamentos políticos, relatores de presupuesto,
Presupuestos adulterados!
(Un presupuesto es tan natural como un árbol,
Un parlamento es bello como una mariposa.)

¡E-yá, interés por todas las cosas de la vida!
Porque todo es la vida, desde los brillantes del escaparate
Hasta la noche, puente misterioso entre los astros
Y el mar antiguo y solemne, bañando las costas
Y misericordiosamente siendo el mismo que era
Cuando Platón era realmente Platón
En su presencia real y en su cuerpo con un alma dentro
Y hablaba con Aristóteles, que no sería su discípulo.

Yo podría morir triturado por un motor
Con el sentimiento delicioso de entrega de la mujer poseída.
¡Arrójenme a los altos hornos!
¡Tírenme debajo de los trenes!
¡Azótenme a bordo del crucero!
Masoquismo a través del maquinismo,
Sadismo de no sé qué moderno y yo mismo y barullo.

¡Jipa, jipi, jockey que ganaste el Derby!
¡Hincar los dientes en tu cap de dos colores!
(¡Ser tan alto que no pudiese entrar por ninguna puerta!
Mirar es en mí una perversión sexual.)

¡Epa, epa, catedrales!
Caer y partirme el cráneo contra vuestras piedras
Y que me levanten de un charco de sangre
Sin que nadie sepa quién soy.

Tramways, funiculares, metropolitanos,
Frotadme hasta el espasmo,
¡Hila, hila, hila, oh! Reíd, reíd en mi cara,
Automóviles repletos de juerguistas y rameras,
Multitudes cotidianas ni alegres ni tristes en las calles,
Río multicolor y anónimo donde me baño a mis anchas.
¡Ah, cuántas vidas complejas, cuántas cosas en todas estas casas!
Enterarse de la vida de todos, las dificultades monetarias,
Los pleitos domésticos, los desórdenes que nadie sospecha,
Los pensamientos que cada uno tiene a solas en su cuarto
Y los gestos que hace cuando nadie lo puede ver.
No saber nada de esto es ignorarlo todo, oh rabia,
Rabia que como si fuese fiebre y celo y hambre
Me enflaquece la cara y me hace temblar las manos
Con absurdas crispaciones en mitad de las turbas,
En mitad de las calles llenas de encontronazos.

Y la gente vulgar y sucia que parece siempre la misma,

Que cada dos palabras suelta una palabrota,
Cuyos hijos roban en las puertas de los tendajones,
Cuyas hijas a los ocho años –¡todo esto es hermoso y lo amo!–
Masturban a hombres de aspecto decente en los huecos de la escalera,
La gentuza que trepa los andamios y regresa a su casa
Por callejas casi irreales de estrechas y podridas,
Maravillosa gente humana que vive como los perros,
Abajo de todos los sistemas morales,
Para la que ninguna religión se ha inventado,
Ningún arte ha sido creado,
Ninguna política,
¡Cómo os amo a todos, por ser así,
Ni siquiera inmorales de tan bajos, no buenos ni malos,
Inaccesibles a todos los cambios,
Fauna maravillosa del fondo del mar de la vida!

(En la noria del patio de mi casa
Da vueltas el burro, da vueltas,
Y el misterio del mundo no es nada más grande que esto.
Limpia el sudor con tu manga, trabajador descontento.
La luz del sol humilla el silencio de las esferas
Y todos vamos a morir,
Oh pinares sombríos en el crepúsculo,
Pinares donde mi infancia era otra cosa,
Otra cosa y no esto que soy...)

Pero de nuevo esta rabia mecánica, constante,
Otra vez la obsesión del movimiento de los autobuses,
Otra vez la furia de estar al mismo tiempo en todos los trenes
De todos los lugares de todo el mundo,
Otra vez estar diciendo adiós a bordo de todos los barcos
Que a esta hora levan el ancla o despegan de los muelles,
¡Oh hierro, acero, aluminio, chapas de metal ondulado,
Muelles, puertos, convoyes, grúas, remolcadores!

¡E–yá, los grandes desastres ferroviarios,
E–yá, los derrumbes en las galerías de las minas,
E–yá, los naufragios deliciosos de los grandes trasatlánticos,
E–yá, las revoluciones aquí, allá, acullá,
Los cambios de constituciones, guerras, tratados, invasiones,
Ruido, injusticias, violencias y tal vez dentro de poco
La gran invasión de los bárbaros amarillos en Europa
Y otro Sol en un nuevo Horizonte!

¿Qué importa todo esto, qué puede importar todo esto
Al fúlgido y rojizo ruido contemporáneo,
Al ruido cruel y delicioso de la civilización de ahora?
Todo esto acalla todo, salvo al Momento,
Al Momento de tronco desnudo y caliente como un fogonero,
Momento estridente, ruidoso, mecánico,
Momento, pasaje dinámico de todas las bacantes
Del hierro y del bronce y de la borrachera de metales.

¡E–yá, ferrocarriles, puentes, hoteles a la hora de la comida,
Aparatos de todas clases, férreos, brutales, mínimos,
Instrumentos de precisión, trituradoras, cavadoras,
Émbolos, tornos, rotativas,
E–yá, e–yá, e–yá,
Electricidad, nervios enfermos de la materia,
Telegrafía sin hilos, simpatía metálica del inconsciente,
Túneles, canales, Panamá, Kiel, Suez,
E–yá, todo el pasado dentro del presente,
E–yá, todo el futuro ya en nosotros, e–yá,

Fernando Pessoa (ortónimo)

El quinto imperio

¡Triste de quien vive en casa,
satisfecho de su lar,
si, al vuelo, un sueño no pasa
que haga más roja la brasa
del lar que hay que abandonar!

¡Triste de quien es feliz!
Vive porque el vivir dura.
Sólo oye su alma infeliz
la lección de la raíz:
vivir en su sepultura.

Las eras se lleva el viento
del tiempo que en eras viene.
Ser hombre es ser descontento.
¡Dome al impulso violento
la visión que el alma tiene!

Y así, pasados los cuatro
tiempos del ser que soñó,
la tierra será teatro
del día claro, que en el atrio
de la noche comenzó.

Grecia, Roma, Cristiandad,
Europa –los cuatro van
a donde va toda edad.
¿Quién vive, quién, la verdad
que murió el rey don Sebastián?

Mensaje. Traducción de Ángel Crespo.

Autopsicografía

El poeta es un fingidor.
Finge tan completamente
que hasta finge que es dolor
el dolor que en verdad siente.

Y, en el dolor que han leído,
a leer sus lectores vienen,
no los dos que él ha tenido,
sino sólo el que no tienen.

Y así en la va se mete,
distrayendo a la razón,
y gira, el tren de juguete
que se llama el corazón.

Cancionero. Traducción de Ángel Crespo.

Eros y Psique

...Y así ves, Hermano mío, que las verdades que os fueron reveladas en el Grado de Neófito, y aquellas que os fueron reveladas en el Grado de Adepto Menor, son, aunque opuestas, la misma verdad.

(Del ritual del Grado de Maestro del Atrio en la Orden Templaria de Portugal).

Dice un cuento que dormía
una Princesa encantada
que sólo despertaría
un Infante, que vendría
de más allá de la estrada.

Este Príncipe, tentado,
vencer bien y mal debía,
antes que, ya liberado,
dejase el camino errado
por el que a Ella conducía.

Y la Princesa Dormida,
si espera, durmiendo espera.
Sueña en la muerte su vida,
y su frente está ceñida
por hojas de enredadera.

Sin ver dónde va, esforzado,
la vía predestinada
pisa el Infante alejado.
El es por Ella ignorado,
y para Él, Ella no es nada.

Cada uno cumple el destino—
Ella, durmiendo encantada,
Él buscándola sin tino
por el proceso divino
que hace existir a la estrada.

Y, aunque todo sea oscuro
en la estrada tentadora,
y falso, Él viene seguro
y, venciendo estrada y muro,
llega hasta donde Ella mora.

Toca en su frente, que altera
el esfuerzo todavía,
las hojas de enredadera,
y advierte que él mismo era
la Princesa que dormía.

Cancionero. Traducción de Ángel Crespo.

Viven en nosotros innúmeros

Viven en nosotros innúmeros;
Si pienso o siento, ignoro
Quien es que piensa o siente.
Soy tan sólo el lugar
Donde se siente o piensa.

Tengo más almas que una.
Hay más yos que yo mismo.
No obstante, existo.
Indiferente a todos.
Los hago callar: yo hablo.

Los impulsos cruzados
De cuanto siento o no siento
Disputan en quien soy.
Los ignoro. Nada dictan
A quien me sé: yo escribo.

Si yo muriera joven

Si yo muriera joven,
sin poder publicar libro alguno,
sin ver la cara que tienen mis versos en letra impresa,
pido que, si se quisiesen molestar por mi causa,
no se molesten.
Si así ocurrió, así es verdad.

Aunque mis versos nunca sean impresos
tendrán su propia belleza, si fueran bellos.
Pero no pueden ser bellos y quedar por imprimir,
porque las raíces pueden estar bajo la tierra
pero las flores florecen al aire libre y a la vista.
Tiene que ser así por fuerza. Nada puede impedirlo.

Si yo muriera muy joven, oigan esto:
nunca fui sino una criatura que jugaba.
Fui gentil como el sol y el agua,
de una religión universal que sólo los hombres no conocen.
Fui feliz porque no pedí ninguna cosa,
ni procuré hallar nada,
ni hallé que hubiese más explicación
que la de que la palabra explicación no tiene ningún sentido.

No deseé sino estar al sol o a la lluvia,
al sol cuando había sol
y a la lluvia cuando estaba lloviendo
(y nunca la otra cosa).
Sentir calor y frío y viento,
y no ir más lejos.

Una vez amé, pensé que me amarían,
pero no fui amado.
Pero no fui amado por la única gran razón:
porque no tenía que ser.
Me consolé volviendo al sol y a la lluvia,
y sentándome otra vez en la puerta de casa.
Los campos, al fin, no son tan verdes para los que son amados
como para los que no lo son.
Sentir es estar distraído.

Todas las cartas de amor son ridículas

Todas las cartas de amor son
ridículas.
No serían cartas de amor si no fuesen
ridículas.

También escribí en mi tiempo cartas de amor,
como las demás,
ridículas.

Las cartas de amor, si hay amor,
tienen que ser
ridículas.

Pero, al fin y al cabo,
sólo las criaturas que nunca escribieron cartas de amor
sí que son
ridículas.

Quién me diera el tiempo en que escribía
sin darme cuenta
cartas de amor
ridículas.

La verdad es que hoy mis recuerdos
de esas cartas de amor
sí que son
ridículos.

(Todas las palabras esdrújulas,
como los sentimientos esdrújulos,
son naturalmente
ridículas).

antoniovarojimdo.com